

TEODORO PABLO LECMAN
Universidad de Buenos Aires

El desierto

A mi bisabuela rumana

Por qué cantamos

“Si cada hora viene con su muerte
si el tiempo era una cueva de ladrones
los aires ya no son tan buenos aires
la vida es nada más que un blanco móvil
y usted preguntará por qué cantamos ...

si los nuestros quedaron sin abrazo
la patria casi muerta de tristeza
y el corazón del hombre se hizo añicos
antes que estallara la vergüenza
usted preguntará por qué cantamos
cantamos porque el río este sonando
y cuando suena el río, suena el río
cantamos porque el cruel no tiene nombre
y en cambio tiene nombre su destino
cantamos por el niño y porque todo
y porque algún futuro y porque el pueblo
cantamos porque los sobrevivientes
y nuestros muertos quieren que cantemos

Si fuimos lejos como un horizonte
si aquí quedaron árboles y cielo
si cada noche es siempre era una ausencia
y cada despertar un desencuentro
usted preguntará por qué cantamos
cantamos porque llueve sobre el surco
y somos militantes de la vida
y porque no podemos ni queremos
dejar que la canción se haga ceniza.
cantamos porque el grito no es bastante
y no es bastante el llanto ni la bronca
cantamos porque creemos en la gente
y porque venceremos la derrota
cantamos porque el sol nos reconoce
y porque el campo huele a primavera
y porque en este tallo en aquel fruto
cada pregunta tiene su respuesta”

Mario Benedetti, *Canciones del desexilio*, 1983

“Toda esa tarde se paseó de un lado a otro del patio sin encontrar reposo, y ya en la noche dijo de repente a Ana, su mujer:

– ¿Qué dirías si nos marcháramos a América?

– ¿A dónde? – gritó Ana aterrada –. Que Dios nos preserve querido Mihai. ¿Pero qué te está pasando?

– En Arad conversé con algunas gentes que decían que pagan el viaje hasta allá y que una vez en América puede uno tener toda la tierra que quiera para trabajarla.

– ¿Pero cómo dejar nuestra aldea? – preguntó Ana, poniéndose seria –. ¿Ir hasta el fin del mundo?

– Muchas gentes se han ido...

– Eso es cosa de ellos...”

Titus Popovici, *La sed*

El desierto asedia con su sed al asceta, al eremita. En efecto, *ereemos*, en griego es desierto. Lleno de las tentaciones de San Antonio. Y de voces que claman en vano.

Desertar, abandonar un ejército, una meta, una tarea, evoca también un desprendimiento que es penado, en general, con una sanción moral o colectiva, o con las dos a la vez. Soledad y presencia en el horizonte del conjunto de los seres a los que pertenecemos, en tanto nos identificamos con la especie humana, son dos términos indisolubles de una tensión que aumenta o disminuye según los avatares

físicos e históricos que el destino de los cuerpos promete a la ilusión humana, a partir del desamparo original, del paraíso perdido que implica la individuación. Solitario-solidario, decía Albert Camus, el argelino, hijo de un país de desiertos, nos imaginamos¹.

Extranjero condenado por los gritos de la multitud a partir de la evidencia absurda: “mamá ha muerto”, que lo lleva a matar a un árabe en el desierto de la playa, bajo el sol del mediodía, sin saber por qué.

Un éxodo original en el interior de sí mismo que Camus también alegorizó en *El exilio y el reino*.

Pero este punto de llegada indudable del individuo actual, sólo en la muchedumbre, aquello que el uruguayo Mario Benedetti llamó *insilio*, si bien referido a una experiencia particular latinoamericana de exilios interiores y exteriores en medio de feroces represiones políticas, pero universalizable a la situación en las metrópolis, quizás tenga un punto de partida.

Nos parece que el éxodo original de las multitudes humanas desde las sequías desérticas a los lugares fértiles, desde el nomadismo a lo sedentario, de la incultura a la cultura, a través, muchas veces, del desierto geográfico y del desierto afectivo que implica el abandono de su tierra y de los suyos, ese éxodo original hoy revierte en un éxodo interno: la misma cultura anhelada ha desertificado la experiencia del hombre de muchas maneras².

Dice Agamben³: “En la actualidad, cualquier discurso sobre la experiencia debe partir de la constatación de que ya no es algo realizable. Pues así como fue privado de su biografía, al hombre contemporáneo se le ha expropiado su experiencia: más bien la incapacidad de tener y transmitir experiencias quizás sea uno de los pocos datos ciertos de que dispone sobre sí mismo.”

Desertificación de la experiencia que es también una des-certificación de la experiencia. Nadie puede dar garantía la suya, dice Agamben. Justo en un momento donde la precisión ha tomado ribetes delirantes, micrónicos, en la experiencia tecnológica postindustrial y postpositivista actual.

La metáfora del desierto es una gran paradoja: inmensidad formada por minúsculos granitos de arena, cada uno de ellos es insignificante, pero millones forman el desierto, uno al lado del otro. Enorme masa que se mueve sin embargo fácilmente al capricho de los vientos. Hirviente de día y helada de noche. Lugar donde uno se hunde pero que mojado es firme, o al menos da la base para el

¹ Un breve cotejo de idiomas [Bergman, P., comp., *The concise dictionary of 26 languages*, Signet Books, Chicago, 1968] arroja que el equivalente de desierto en alemán es *Wüste*, curiosamente emparentado con “licencioso, desordenado” y con *Wust*: montón, lío. El término parece extenderse al ruso, el checo, el polaco, el serbiocroata y el rumano *pustiú*.

² Una referencia particular merece el *Midbar* (desierto) hebreo, quizás emparentado con *Dabar*: palabra. Sea como sea, según la Cábala la palabra sería la creación producto del retiro de Dios al crear el mundo, dejándolo desierto, tema exquisitamente poetizado por Edmond Jabès (ver “II. El desierto, la palabra y la imagen” en Forster, R., *El exilio de la palabra*, Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1999). Sea como sea, la “tierra prometida” del éxodo resultó un desierto y un lugar de lucha interminable.

³ *Infancia e historia* (1978), Adriana Hidalgo Editora, Buenos Aires, 2001.

fortísimo cemento y revoque de los edificios. Estéril porque el agua filtra, pero si se la contiene, la arena es fecundísima para el cultivo. Antigua selva erosionada, dicen los geólogos. Resto inanimado de la caparazón de innumerables cuerpos orgánicos. Económicamente inútil pero sede también del codiciado petróleo muchas veces.

El éxodo, figura primitiva de la Biblia que implica el tránsito por el desierto del pueblo judío hacia Canáan, tiene también un antecedente en el arca de Noé, y más atrás aún, en la expulsión del Edén.

Experiencia del *sertão* brasileño, de la tierra seca de la que se debe emigrar, tan bien novelada por Graciliano Ramos (*Vidas secas*) o por Rachel de Queiroz, (*Os quinze*, a cuya 75ª (!) edición accedemos).

Desero, en latín, implica abandonar, pero también sembrar. Ligazón y desligamiento intrincados en la ruptura del abandono. Como si el *desidero* del deseo conllevara un *id* agregado de una identidad imposible, pero siempre anhelada. *Yddish* es el idioma de una diáspora, de una dispersión, de una errancia (Giorgio Steiner) inacabable, quizás inherente a la condición humana.

Una notable película del tunecino Nacer Khemir, *Los balizadores del desierto*, nos coloca de lleno en la paradoja de señalar lo in Señalizable: en un mito que reproduce la cultura andalusi que colonizó España, un extraño pueblo aislado en el desierto ve desaparecer continuamente a todos sus hijos que se dedican a...balizar el desierto. Para colmar el absurdo, una nave encalla de pronto en la arena.

¿Como haremos nosotros para señalar un éxodo que nos abrume y nos constituya?

La nave es el símbolo por excelencia de la inmigración para los que vinieron de Europa a América en el siglo XIX⁴. Pero el mar, que podía haber sido un lugar penoso e incluso mortal de viaje y transición, quizás se ha convertido, generaciones después, en la desierta arena del anonimato y la anomia sin referencias, de la cultura sin Dios ni linaje que en las abigarradas metrópolis de la cosmópolis universal globalizada celebra el mismo clip epiléptico, celular y desafectivo de las pantallas virtuales. Una obscenidad asesina promovida por la Roma actual (no Rumania, por cierto) en una América utópica nunca encontrada y ciertamente mal hecha: destino de colonias. *Mayflower* sin *flower power*. *War now*. Guerra de las galaxias en la mente colectiva de la sociedad-espectáculo, según Guy Débord. "Arena que la vida se llevó", dice "Sur" un tango argentino del poeta Homero Manzi.

E la nave va, en un mar de plástico, según Fellini, el gran cineasta italiano.

El exilio sufrido por los latinoamericanos en las últimas décadas, debido a los feroces efectos del Plan Cóndor y los designios imperiales del *business* internacional y el capital financiero y sus capataces locales, los ha obligado a ser autobiografías ambulantes, feliz expresión del escritor argentino⁵ Héctor Tizón.

⁴ Numerosas películas y pinturas lo han ilustrado. Sólo citaremos a Quinquela Martín, entre nosotros y especialmente a Laser Segall, migrante múltiple ruso-lituano de origen judío a Alemania y al fin a Brasil.

⁵ Que reside en el Altiplano jujeño, contiguo al desierto de Antofagasta chileno, y otra de las posibles figuras del desierto como metáfora del éxodo en Argentina, junto a la Patagonia y la Pampa.

Pero nadie puede hacer coincidir su *bios* con el *auto*⁶, y menos en el extranjero. El desgarramiento original de toda conciencia que intenta reproducirse culmina en el desierto del olvido: olvidado allá y olvidado aquí. Todo intento de retorno a recuperar lo mismo no encontrará nada: el país de retorno y origen ha cambiado y el de llegada no nos esperaba. Siempre seremos extranjeros.

La experiencia del insilio, del exilio interior en quienes, en su propio país, lo han visto desgarrarse en la pérdida de toda experiencia, como dice Agamben, es un doble desierto. Muchos exilados, a pesar de todo, lograron volver y reconstruir sus lazos, en general porque evitaron estar en el centro del desgarramiento al irse, y pueden recomponer sus pedazos en la imagología del éxodo y el retorno. Los insiliados se han partido a sí mismos y no pueden volver a ningún lado. Experiencia similar a la del campo de concentración, son musulmanes, como lo cuentan Primo Levi y Semprún.

No hay allí baliza del desierto y el horror.

Sólo se puede escribir el desgarramiento en un desierto infinito. Y errar.

Sin embargo, uno de *Los 60 nombres del amor*, del citado Nacer Khemir, dice:

“Hob: est la racine du verbe aimer et peut se transformer en amitié, la “Mahabba”. Quand on étudie les épîtres des grands théologiens sur la passion, on s’aperçoit que la “Mahabba” peut-être un amour consenti, un amour qui est régi par des règles qui restent dans les limites. C’est un amour vivable, tandis que tous les autres, ce sont le précipice, le désert, la perdition, l’errance et la divagation.”⁷

Resumen

La figura del desierto, en la imagología del éxodo, es paradigmática en la escritura de la Biblia, quizás tanto de lo que se va a atravesar como de lo que se deja. Tras ella también el paraíso perdido, el diluvio y el Arca y la tierra prometida y hasta el retiro de “Dios” en la creación, sujetándonos a la palabra. Pero el desierto no es un vacío, expresa la tensión de la separación y de lo individual y lo colectivo y de la existencia humana como desamparo básico, sin el cuidado del otro, y como exilio interior. Una investigación del término a través de los idiomas parece confirmarlo.

Proponemos que la historia de las migraciones del siglo XX y el XXI redoblan esta imagen del desierto en un segundo desierto. Desertificación de la experiencia tras el desierto original en la sociedad tecnológica actual.

Otra vuelta de tuerca la da el insilio, el exilio interior de quien no puede migrar, doble desgarramiento, muy experimentado en Sudamérica: desierto en el alma.

Los ejemplos de la literatura, el cine y la pintura van desgranando nuestra demostración. Un extraordinario creador, exiliado tunecino, nos permite al fin recuperar el amor en el desierto.

⁶ Este tema lo hemos trabajado en nuestra tesis inédita de doctorado “La escritura de los casos clínicos del psicoanálisis” apoyándonos, entre otros autores, en las formulaciones de George Gusdorf, *Auto-bio-graphie*, ed. Odile Jacob, París, 1991.

⁷ Tomado del sitio <http://www.letheatre-narbonne.com/dossiers/00-01/60noms.html>, el 21/05/05, en cuyo interesante comentario, Katia Berger parangona lo sobrenatural del tunecino con lo mítico sudamericano. Sea como sea, se detecta en él y sus fuentes culturales una exquisita y rica imagología del desierto, muy superior a la nuestra, a la que remitimos.